



F. MOTA

A nuestros lectores.

La Dirección de Los Contemporáneos se complace en haber público, que en uno de nuestros próximos números, honrará nuestra revista la Condesa de Pardo Bazán, que amablemente nos ha entregado una preciosa novela.

El solo nombre de la insigne autora, nos releva de todo elogio; los elogios serían además pueriles é innecesarios.

¿Habrá alguno que ignore que en la novela contemporánea, (y aludimos á la nacional y á la extranjera), ha escalado la eminente escritora el primer puesto?

Claro que aquí no concedemos patentes de escritor, pero sí decimos, y nadie nos desmentirá, que la Condesa de Pardo Bazán está en primera línea, y tan alta como los más altos.

Su labor es inmensa; su fecundidad asombrosa; su arte de novelar, exquisito; y además todos sabemos cómo escribe; todos admiramos su prosa á un tiempo natural y correcta, sencilla y atildada, inimitable prosa que en otro país hubiera ya ganado para su autor un sillón de la Academia.

Los Contemporáneos se felicitan y felicitan á

sus lectores; recuerden los últimos el éxito de "Finafrol," y "La gota de sangre", preparándose á paladear "Arrastrado," que salará á luz en el número correspondiente al 26 de Abril.

Y ya con las manos en la masa, haremos más noticias: queremos que nuestro periódico conquiste al público; queremos hacer de él una seleccionada antología.

Sucesivamente iremos dando á conocer novelas escritas expresamente para nosotros por Alberto Insúa, Jacinto Benavente, Jacinto Octavio Picón, López Pinillos, Arturo Reyes, Eduardo Marquina, José Francés, Joaquín Belda, Gabriel Miró, Alejandro Larrubiera, Felipe Trigo, Antonio de Hoyos, Domingo de Santoval, Martínez Olmedilla, Luis Antón del Olmet, etc., etc., etc.: es decir, por todos ó casi todos los autores que gozan de mayor renombre y mayor fama.

No prometemos porque sí: prometemos seguros de cumplir fielmente la palabra empeñada.

El tiempo, maestro de verdades, convencerá á los más incrédulos.

DOLOR DE CABEZA

Neuralgias y Jaquecas desaparecen en cinco minutos con la HEMICAPNA del Dr. M. CALDEIRO 3 ptas Arenal, 15, Farmacia.

En Barcelona

Alrededor del Mundo

tiene un centro establecido en el "kiosko Colón", Plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

"DOMUS AUREA"

39, FUENCARRAL, 41



Vende el calzado más selecto de España.

FONOS-HALL

Máquinas parlantes, y discos de todas marcas

—REPARACIONES—

últimas invenciones.

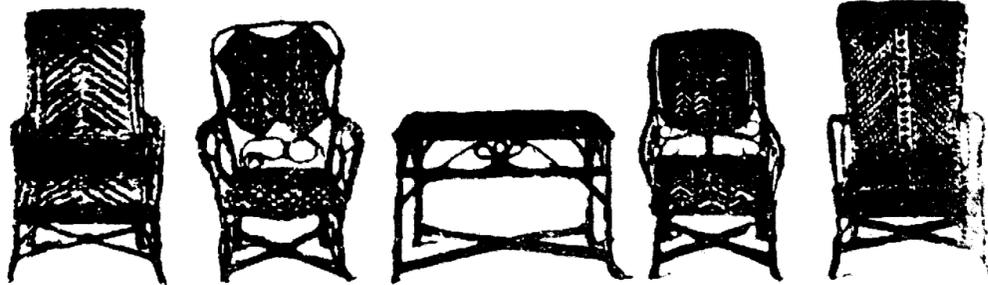
Espoz y Mina, 3, y Pasaje de Mateu, 1

Teléfono núm. 3.730

MADRID

Frente al Bazar X

Gran fábrica de muebles de junco esmaltado



cómodos y elegantes para Casinos, patios, terrazas y vestíbulos. Véase esta casa. GRAN EXPOSICION DE MARIANO V. GARCIA, Vergara, 1, frente al teatro Real, Madrid. Fabricación española, superior á la extranjera.

AL ESCUDO DE CATALUÑA

53—MONTERA—53

JERSEYS Y MEDIAS PARA SPORT—ARTICULOS PARA TEATRO

PRIMERA CASA EN GENEROS DE PUNTO ESPECIALIDAD EN ARTICULOS PARA NIÑOS

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

SIEMPRE EN TIERRA

I



Las cinco de la mañana el Bosque de Vincennes presentaba un alegre aspecto de fiesta. Desde las once de la noche empezaron á llegar cientos de miles de espectadores en animados grupos, esparciéndose por las calles de árboles, entre cuyos claros se formaban corros para cenar á la "belle étoile", ya que los cafés, restaurants y barracones ambulantes no bastaban á satisfacer las demandas de la multitud.

Los privilegiados de la fortuna ocupaban en el polígono los sitios de preferencia, y las tribunas, á pesar de lo temprano de la hora, se veían llenas de un numeroso público elegante.

En la tribuna oficial, como ornamento decorativo, indispensable á la fiesta, se exhibían los ministros de la República, algunos diplomáticos extranjeros y los periodistas influyentes. Entre ellos lucían sus "toilettes" algunas grandes damas y conocidas artistas, deseosas de sentir la emoción aguda que la "carrera de aviación" iba á proporcionarles.

La curiosidad del público estaba despierta, y recaía toda sobre los aviadores. ¿Qué harían en aquel momento? ¿Cómo habrían pasado la noche en la proximidad de la terrible prueba?

Unos les suponían durmiendo descuidados y libres de preocupación para prepararse á soportar las fatigas del peligroso viaje; creíanles otros angustiados cerca de sus amadas, ó huyendo de su presencia, temerosos de que el cariño pudiera menguar el valor. Se decía que dos de ellos pasaron toda la noche empeñados en una partida de ajedrez empezada hacía tiempo, y que suspendían en el momento de salir, prometiéndose continuarla en el sitio de llegada, con una admirable confianza en su destino.

Tal vez aquella partida de juego que les obsesionaba, les ligaba á la vida con mayor fuerza, y

hacía imposible concebir la idea de la muerte ni el peligro antes de "haberse comido la reina" ó de darle "jaque mate" definitivo al rey.

Otros tres, después de examinar sus aparatos, habían pasado las horas entregados á la violenta emoción del "Lawn Tennis".

El orgullo patrio crecía desproporcionadamente con estos ejemplos. Aquel vuelo era una nueva gloria de la Francia; todos se sentían héroes, unidos en una comunión espiritual con la que tomaban parte en la arriesgada empresa. Eran los periódicos los primeros en ensalzar la gloria nacional que alcanzaba la República con el valor de su hijos; de la página que los franceses iban á escribir en la historia del progreso. Bien es verdad que de los ocho aviadores, uno era holandés, otro escandinavo y tres belgas; pero eso no importaba para que se les considerase franceses á todos los héroes de la jornada.

La multitud se regocijaba en ellos esperando el momento de contemplarlos. Se notaba la expectación y la ansiedad en medio de su aire de fiesta. Deseábase la impresión fuerte; la catástrofe que sacudiera los nervios. Quizás sin darse cuenta se anhelaba lo terrible, el placer de la compasión. Un psicólogo hubiera distinguido en aquel pueblo que hablaba en nombre del progreso, el mismo espíritu de aquellos otros pueblos que olfateaban la sangre con deleite desde las gradas de un circo romano, modificado por las costumbres y la época; pero inmutables en el fondo.

Las mujeres eran las más impresionadas. Se veían numerosas sacerdotisas que en vez del fuego de Vesta trataban de inflamar las llamas de Eros, y que no hubieran levantado un dedo para privarse de la intensidad de la emoción.

Dominaban los dos tipos más habituales entre las francesas: las mujeres altas, de cabello castaño, fuertes y angulosas, con movimiento varonil, y las parisinas, pequeñitas, delgadas y frágiles; con vestidos audaces de faldas ceñidas, cor-

tas, abiertas al lado como en los buenos tiempos del Imperio, ó terminadas en flecos para dejar ver la pantorrilla, y las medias de gasa, transparentes, que tomaban tonos dorados ó rosa sobre la carne. Los grandes pies eran desproporcionados para aquellos cuerpecitos y aquellas piernas ligeras de Diana, de movimientos vivos, que hacían más graciosas las siluetas de las cabecitas de cuellos desnudos, nuca blanca, tocada con la apretada gorrilla ó el pequeñín sombrero Directorio.

No se diferenciaban en las caras; se parecían todas: los mismos ojos teñidos de negro, con profundos círculos violáceos; las mismas mejillas pintadas de rojo, y los mismos labios de bermellón. Tenían todas el mismo movimiento, el mismo gesto, idéntica silueta é igual acento en la voz. La risa y la mirada era la de todas, para todos.

No era esa expresión cándida y apasionada de las mujeres andaluzas "que no cambia cuando miran á un carro ó contemplan al amante"; según dijo Gautier; sino la risa forzada, la mirada fugida, maliciosa, preparada para el espectáculo, y que cada uno cree que le pertenece á él solo.

Los hombres pasaban con afectada indiferencia á su lado cuando otras mujeres les acompañaban; los que iban solos saludaban á "las estrellas" con la galantería teatral y fanfarrona que emplean los franceses pensando en las personas que los contemplan.

Algunos jovencitos provincianos ó señores extranjeros las miraban con ávida curiosidad. Todos habían llegado allí con su novela soñada en la cabeza; con el deseo del amor sabio de una de esas mujeres que se apasionan sin amar, y saben llevar sin interés á todas las locuras.

Las cocotas son la bandera de Francia, la nota típica de la nación, como en España lo son las corridas de toros. Todo hombre que va por vez primera á París ha contado con la necesidad indispensable de conocer á las cocotas, como el viajero que va á Colonia no pueden dejar de ver la Catedral, y los que van á Roma el Vaticano.

Entra en su programa de viaje gozar un amor sentimental ó de vértigo, según el temperamento de cada cual; uno de esos amores cuyo recuerdo se oculta de la amada y se cuenta con deleite y picardía juvenil en las reuniones de compañeros decrepitos, cuando á fuerza de ir acumulando deseos forma una síntesis de todas las pasiones que se han experimentado, y llena la senectud de visiones eróticas.

Muchas muchachitas miraban con cierto deslumbramiento á las herederas de "Mimí Pinzon", con los vestiditos cepillados, el largo chal y la risa de pájaro en el rostro ajado prematuramente. Alguno echándola de hombre de mundo dirigía con el mismo descaro á una dama que á una cocota, la frase sacramental de los conquistadores viejos "Combien?" (¿Cuánto?)

Las burguesas iban en grupos familiares, ostentando trajes parecidos á los de las cocotas y esforzándose por imitar su desenvoltura. Las grandes damas permanecían en los automóviles, ó se abrían paso hasta las tribunas por el lado de Granvell.

Una multitud de vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías, entre aquella alegre concu-

rrencia. Como siempre los excesos de comida y bebida acompañaban á la fiesta, y tal vez ellos, ayudados por la costumbre, contribuían á disimular la tristeza del extraordinario número de vendedores, de aspecto miserable, que encubrían la petición de limosna con las baratijas ofrecidas.

Abundaban las niñas jovencitas, pálidas, de ojeras azules y labios cárdenos, que en la marchitez prematura de sus semblantes y los senos sin lozanía, habían impreso ya una mueca desvengozada y cínica. Una multitud poco tranquilizadora, agitada, inquieta, que daba al extranjero la impresión de lo que podía haber sido aquel pueblo vehemente, de aspecto duro, apasionado, gozador y egoísta, en los feroces días del Terror, cuando hasta en los momentos de fiesta parecía poner una nota de revuelta y de crueldad, que hacía recordar involuntariamente á Eugenio Sue.

Hacia las dos de la mañana se experimentó un momento de desanimación. Era la hora del cansancio, del sueño; se sentía en la naturaleza como un adormecimiento de la savia, privada de la fuerza que le comunica la luz. Los concurrentes cansados, poseídos por la digestión, enervados, se entregaban al sopor ó al mutismo. El alba venía á sacudir sus nervios con nuevas vibraciones vitales. A las seis de la mañana empezaría el espectáculo, y todos querían tomar posición á propósito apretándose, para ver mejor, enredados de la pista, á pesar de las advertencias de que esto era peligroso, tanto para el público como para los aviadores.

La multitud estaba contenta, oíanse risas estrepitosas y frases agudas, las conversaciones se generalizaban, tratando todos de avanzar hasta la primera fila entre la masa de gente y el mal olor de carne sudorosa y perfumes descompuestos.

Los "autobus" del servicio especial, que partían de Montmartre cada tres minutos, y los tranvías suplementarios del Louvre á Vincennes, llegaban atestados de gente, engrosando aquel hoscigero humano. Ya se hacía imposible cambiar de sitio, y las personas que se separaban podían tener la seguridad de no volver á encontrarse. Los que llegaban rezagados no podían ganar el polígono á despecho de los brazales azules y rojos, indicadores de que los que los llevaban eran los comisarios del circuito europeo, los comisarios generales de los diversos países y los oficiales del Aereo Club de Francia. La misma suerte corrían los periodistas, sin que les sirviesen para abrirse paso sus brazales y sus carnets.

Conforme el cielo se esclerece aumenta la animación, se nota el movimiento en la pista; están allí todos los aviadores preparando sus aparatos.

No hay un hombre que no hable de los monoplanos Bleriot y Marane, ó de los biplanos Bristol y Maurice Farman.

Dos jóvenes disputan acaloradamente acerca de las excelencias del motor Renault y las ventajas del Panhard. Uno lleva el brazal blanco con inscripción verde, que distingue á los periodistas, el otro la insignia azul fundido con letras de oro de los individuos del Comité. Ambos hablan correctamente el francés con marcado acento extranjero.

El periodista es alto, de aspecto naturalmente elegante y descuidado, mirada inteligente y labios

desdeñosos. El otro afeitado, de regular estatura, moreno como un meridional, con labios rojos y grandes ojos negros.

Los que están cerca no tardan en prestarles atención por la gran suma de datos que documentan sus teorías.

—Ese caballero debe ser aviador— dice una dama alta, delgada, de cabellos lisos y ojos azules, á una morenita que estaba á su lado, señalando al del brazal azul.

La joven mira con interés al mismo tiempo que pregunta:

—¿En qué lo conoce?

—Le he oído referirse á una ascensión... debe ser extranjero.

—¿De veras? (La morenita mira con más interés). —¿Me gustaría ser amiga de un aviador? —¿Debe tener tantos encantos el amor de uno de estos hombres? —¿No comprendo cómo no están aquí todas sus esposas, Miss Hope!

—¿Oh! querida Solange, no se puede ver el peligro de los seres amados con esa tranquilidad que usted supone; mi difunto marido no pudo jamás presenciar ninguno de mis triunfos como equilibrista. Se sentía indispuerto y tenía que marcharse del circo. Enfermó del corazón, el pobrecito mío, con estas emociones.

—¿Y qué mayor placer

que sentir la intensidad de las emociones, miss Hope? No saber si el beso que nos estremece será el último... verlos remontarse más allá de las nubes, ignorando si hemos de volver á verlos más... saber que han pasado sobre el mar con su vuelo gigante como un fabuloso pájaro Roc... Esperar ansiosa las noticias... la gloria... la fortuna... saber que nos envidian las mujeres... Que el que nos ama es superior á todos los demás hombres... Las horas de la espera que representan con su angustia mayor intensidad de vida... El momento solemne del aterrizaje, cuando el terrible aparato desciende lentamente, sumiso, domado, como si lo nimbara un



claror de luna.

—Mi querida Solange, en vez de escribir novelas su marido debía ser usted la escritora. Lo haría mucho mejor.

—¡Blas bleu! ¡Dios me libre! Prefiero vivir las novelas á escribirlas. ¿No sabe usted que ya no son escritoras más que las que no sirven ni para artistas ni para cocotas y desean un medio de exhibición?

—¡Pobrecillas!

—No somos nosotras menos dignas de lástima. Las cocotas son los únicos seres felices.

—Quizás tenga usted razón. He leído no sé dónde que en el fondo del corazón todas las damas respetables envidian la suerte de las cocotas... y debe ser verdad, porque le he oído decir á la opulenta y bella Lady Hamilton que cambiaría su condición de paresa del reino británico por la de cocota parisien.

—Estoy de acuerdo con ella.

—Yo me refería á las lindas cosas románticas que usted dice y que merecerían escribirse.

—¡Bah! Usted olvida que mi marido es novelista, y mi amigo dramaturgo.

—¿Recitaba usted alguna de sus páginas?

—¡No sea usted maliciosa! ¡Para expresar el ideal no nos falta jamás elocuencia á las mujeres.

—¿Y el ideal de usted es un aviador?

—Hoy sí... Los amo á todos ellos... mañana amaré al vencedor... luego me contentaré con mi amigo... y mi esposo...

—Y será usted más feliz. Piense un instante en la angustia que deben tener sus mujeres si los aman, y en sus remordimientos si los traicionan.

—¿Remordimientos? ¿Pero de veras cree usted que las mujeres, cuando obramos á impulsos de la pasión, llegamos á tenerlos?

—Sí, querida, la muerte del ser engañado representa una impotencia de vengarse que nos afige con el dolor de la impunidad.

—Pero estos hombres mueren todos los días. Si yo fuese la esposa de un aviador creería siempre al verlo volver que no era el mismo hombre que se fué. Temería que allá en lo alto, más allá de las nubes, se le hubiera escapado el espíritu y volviera vacío; como si le hubieran vaciado el corazón.

En aquel momento el periodista volvió la cabeza; la morena lanzó un alegre grito de sorpresa.

—¡Ernesto!

El joven se descubrió galante.

—¿Cómo usted aquí, Mme. Viart! ¿No tiene usted miedo de mezclarse así entre la multitud?

—No, esto me divierte; Pablo es tolerante y me ha consentido este capricho. He venido con Miss Hope, la célebre equilibrista de la troupe inglesa, y esperamos á una bailarina americana... muy interesante... Usted, que es español, se entenderá bien con ella.

—Señora, estoy aturdido. Encontrar á usted así, á pie... la esposa de nuestro gran novelista... una de las mujeres más bellas de Francia.

—Pues por eso me gustan estas extravagancias. ¿Cree usted que me agradarían si fuese fea?

—Pero está usted expuesta á muchos peligros.

—No lo crea. Cuando alguna vez me acosa mu-

cho un hombre en la calle me vuelvo y le digo muy formal: "Quinientos francos". No hay ninguno que no se marche asustado.

—¡Qué loca tan deliciosa!

—Pero... ¡Presénteme usted á su amigo!

—Perdóneme usted. Raul Villacampa, pintor italiano.

—¡Pintor! ¿Ve usted, Miss Hoppe? Me habían dicho que era aviador.

—¿Y usted sufre una decepción al encontrarme sólo artista? ¡Lo lamento!—dijo el joven entre galante é irónico.

No tuvo tiempo de contestar. Una mujercita pequeña, ligera, cimbreante, de grandes ojos color tabaco, salió de entre la multitud y vino á caer en los brazos de la dama.

—¡Gracias á Dios que la encuentro, querida Solange, y á usted también, Miss Hoppe. No creí poder llegar hasta aquí. Alfredo está desesperado, se quedó atrás... quería dejarme sola.

—¿Cómo tan poco galante?—preguntó la linda Mme. Viart presentando su mano á un joven de aspecto insignificante, que aparecía detrás de la recién venida.

—El deber, señora, el deber. Necesito imperiosamente entrar en la pista—repuso Alfredo, besando la mano que se le tendía, y limpiando con el pañuelo de seda su frente bañada de sudor. Por fortuna está aquí Ernesto, y su brazalete de periodista me abrirá camino. Le confío á Milzza.

—Los brazaletes no nos han servido á Raul ni á mí para llegar á la pista, y apenas falta media hora para que comience el espectáculo. Es imposible circular entre la multitud.

—Esto indigna—dijo Alfredo.—¿qué buscarán aquí tantos imbéciles?

—Si sólo vinieran los inteligentes y los que no tienen por móvil la curiosidad, estaría esto desierto—arguyó graciosamente la dama bohemía.

Alfredo había atraído hacia sí á Ernesto, mientras Milzza contaba sus apuros para llegar hasta allí, y le dijo al oído:

—Es preciso hacer un esfuerzo, amigo mío, te lo suplico, tengo un interés grande y verdadero en llegar hasta la pista.

—¿Desde cuándo te has aficionado así á la aviación, Alfredo?

—No te burles; le he prometido á una mujer ver elevarse en el aire á un hombre que nos estorba...

—¡Diablo! ¡Sí que debe ser grato ver desaparecer á un enemigo detrás de las nubes con la esperanza de que no vuelva!

—¡Calla!

—¿Te pones trágico?

—No quiero desear una muerte.

—Entonces es que ya la deseas.

—Estoy locamente enamorado de una mujer cuyo marido toma parte en este vuelo.

—¡Ah!

—Le he prometido asegurarme de la partida de su esposo... se lo he jurado. ¿Comprendes?

—Probaremos á ver. Señoras, el deber nos llama hacia la pista.

—Pues nosotras los acompañamos—dijo alegremente Solange.—Mi marido está en la tribuna oficial... nos colocaremos todos.

Sin esperar á más se cogió del brazo del pintor y empezó á deslizarse trabajosamente entre la multitud.

Todas las conversaciones que llegaban á sus oídos eran semejantes: los hombres discutían el mérito de los aparatos, mientras las mujeres agotaban todos los temas sobre el amor de los varones extraordinarios. Se contaban, con algo de deleite, las escenas terroríficas ocurridas en otros vuelos. Si no sucedía ninguna desgracia todo aquel público iba á quedar defraudado.

Los que habían tenido la suerte de presenciar los vuelos sensacionales narraban en voz alta sus impresiones. Todos habían sido más que espectadores, actores. Todos habían estado próximos á perecer ó á prestar auxilio á las víctimas. El individualismo recobraba su imperio para referirlo todo á sí mismos. "Estaba yo..." después de esta indispensable muletilla para hacer suya la narración, se describían los vuelos emocionantes. En el de París-Madrid la caída de Train causó la muerte de un ministro; la de París-Londres se llamaba la "carrera de la muerte", y en verdad que merecía ese nombre: Lemartín estrellándose contra el suelo con el cráneo roto; el subteniente Princeteau precipitado á tierra entre las llamas de la esencia inflamada al contacto del motor.

Se describían las escenas con los colores más vivos: quién había visto los esfuerzos supremos de Lemartín para evitar la caída, quién llegó en el momento en que la hélice se clavaba en tierra quebrada la pala, y el gigantesco Bleriot, con la cola y las alas intactas, quedaba tendido, como una enorme águila muerta de un cañonazo en el corazón.

De todas partes corrían los hombres á cobrar la presa. ¿No era la caza de todos? ¿No habían apuntado y disparado todos el tiro?

Otros contaban la terrible agonía del desgraciado subteniente devorado por las llamas entre aullidos de dolor, clavando las uñas en la tierra, mientras su cuerpo se consumía como una antorcha, sin poder romper las ligaduras que le sujetaban al aparato. Nadie pudo prestarle auxilio, su propio hermano presencié, loco de dolor y de impotencia, aquella bárbara muerte. No se había recogido nada más que un esqueleto carbonizado y algunas piezas de metal ennegrecidas por el fuego.

—¿Podrá todo el progreso recompensar el dolor y el amor que hay en una existencia, señora? —preguntaba Raul á Mme. Viart.

—Usted quiere probarme la superioridad del arte—repuso ella eludiendo la respuesta.

Aquellos trágicos relatos aumentaban el nerviosismo y la impaciencia de las mujeres, y algunas veces el sobresalto de un accidente corría de boca en boca con la rapidez de una noticia telegráfica: un muchacho que caía de un árbol de ocho metros de altura y se fracturaba la columna vertebral; una "midinette" que se disloca un brazo al querer encaramarse en una piedra; una querrela, solventada con los puños ó con el cuchillo, venían á distraer la impaciencia de la espera.

—¿Qué humanidad—decía el pintor al oído de su dama. ¿Si no existieran el amor y el arte sería cosa de profesar el nihilismo!

Se hizo imposible seguir avanzando. Al eco de la primera señal respondió el empuje de los millares de curiosos apretándose con ímpetu, con tal violencia, que arrollaron la guardia de á caballo y rompieron las barreras que les servían de límite. Jamás estuvo tan bien aplicada la imagen del Océano comparándolo con la multitud. Eran verdaderas olas humanas que avanzaban rugiendo y retrocedían lentamente, rechazadas por los muros de contención con el flujo y reflujo de las aguas, ó más bien con las ondulaciones de esos campos de trigo rizados por el viento.

Centenares de personas, próximas á la barrera, escapaban á favor de los huecos abiertos y buscaban refugio en las tribunas. Era imposible mantener el orden ni canalizar aquella fuerza.

Los automóviles permanecían clavados como rocas, sin poder maniobrar entre la multitud. Escuchábanse por todas partes gritos de cólera y de protesta, un alarido confuso formado por tantas voces á un tiempo, como una sola voz de tempestad. Algunas mujeres se desmayaban agobiadas por el calor y los empujones, aumentando más la confusión.

De pronto hubo un momento de silencio é inmovilidad: el primer monoplano se elevaba tranquilo, majestuoso y blanco, con la elegancia esbelta de sus alas desplegadas, y la serena inmovilidad de la gaviota que se cierne sobre el azul.

El aviador saludaba sonriente con el pañuelo.

Entre el ¡Hurra! de la multitud se pronunció un nombre que llegó á sus oídos como una aclamación triunfal: ¡Marteo!

Como si la voz le diera aliento, la hélice marcó en el aire un bello virage hacia la izquierda y se elevó más rápidamente. Parecía el mito del alma peregrinando por las estrellas en busca de una patria mejor. Se comprendía la belleza del gesto del aviador que envuelto en ligeras velas blancas se aparta de la tierra á regiones más puras.

Bien pronto el monoplano se hizo una forma imprecisa en el cielo gris. Según la ligereza, aunque corría hacia el Oeste, debía haber arriba viento y niebla; los peligros de lo desconocido en aquellas regiones de la atmósfera donde todo auxilio era inútil.

La multitud aplaudía delirante con frenéticos hurras y vivas.

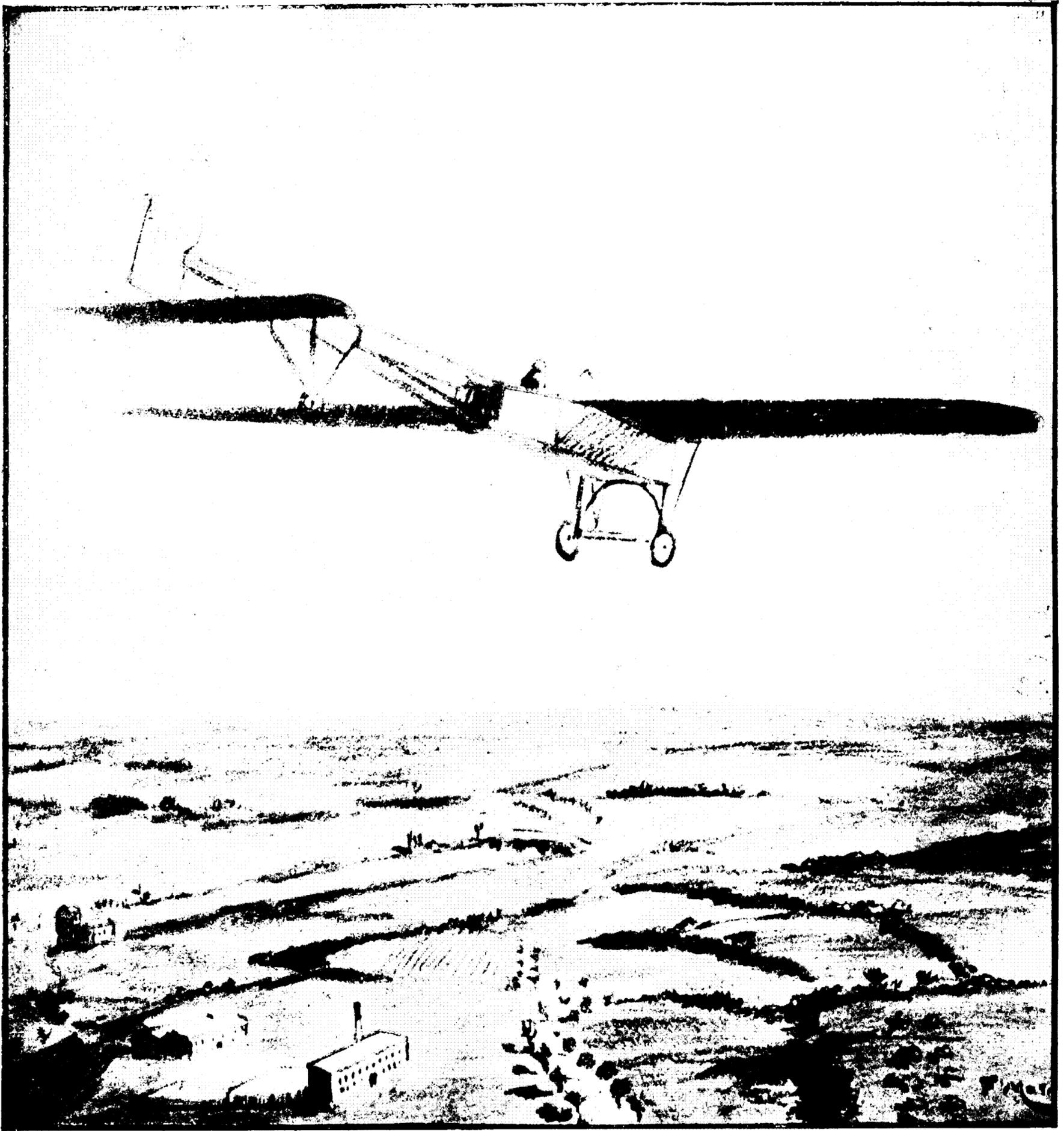
—Dígame usted, amigo mío, ¿cuándo producirá esta emoción tan aguda una obra de arte?—preguntaba Mme. Viart con los ojos brillantes y las manos hinchadas de aplaudir.

—Señora—respondió Ernesto adelantándose a Raul,—no se pueden establecer comparaciones entre cosas distintas. Son dos emociones diferentes. Por mi parte, me quedo con la artística, que está menos al alcance de la gente vulgar.

—Pero este delirio, esta locura—añadió Milzza.—yo quisiera ir en cada uno de esos aparatos que veo elevarse.

—Y yo cambiaría el alambre por el aeroplano—agregó la inglesa.—¿Son tan gentiles los aviadores! Temo siempre por su vida.

—¡Oh! Miss Hoppe—dijo Raul.—Es un temor algo egoísta, en la muerte de esos hombres somos todos culpables. No creo que exista un ser libre de homicidio en la tierra. Si no les alentase nues-



tro aplauso. ¿ cree usted que habría aviadores, soldados ni equilibristas?

No pudo contestar la inglesa: un biplano salía del polígono.

—¡“Malleu”!—gritaron con entusiasmo los espectadores.

Seguidamente apareció otro: otro á los pocos minutos. Cada uno era saludado con un nombre. “Aral”, “Hengen”, “Sotel”... Algunos hacían esperar la catástrofe: Hengen tuvo que virar y aterrizar dos veces, y “Aral” se vió precisado á descender para componer el motor. El quinto aviador se elevaba en el aire. “Amed” gritaron todos aplaudiendo.

Alfredo apretó el brazo de su amigo.

—¡El...! ¿Estás seguro de que es él mismo?

—Tanto como de que tú no guardarías mejor tu secreto.

El monoplano salía torcido á un par de metros de altura, y amenazaba aplastar á la multitud con

su caída. Se dirigía hacia aquel lado.

—¡Demonio! ¿Será esto una venganza providencial?—murmuró Ernesto.

Un grito de espanto se escapó de la masa. El aviador hacía esfuerzos supremos por ejecutar sus maniobras. El pánico se había apoderado de la gente, que trataba de huir. Un minuto más y las desgracias hubieran sido inevitables.

Por fortuna el aviador, maniobrando heroicamente, se había colgado de contrapeso en la parte superior del aparato, como un consumado equilibrista, y le hizo capotar y elevarse entre los vítores y aplausos que se acallaron pronto.

La desgracia evitada no conmovía como la catástrofe presentida, y su valentía se olvidaría bien pronto. Era un hombre de unos treinta años, de rostro pálido, frente serena, ojos dulces y cabello rizado, castaño, largo, que daba á su rostro un aire de interesante melancolía. Aunque no era muy alto, su figura era airosa y gentil.



Mme. Viart y Miss Hoppe, que se habían arrojado en brazos de Raul, ocultándose la cabeza con las manos, no se habían repuesto aún del susto.

—¡Qué hermoso. qué gentil!—decía la bailarina, entre aplausos. Si tuviera que subir con un aviador me iría con ese.

—¡No seas imbécil—atajó Alfredo, molesto y empujado por los elogios á su rival.

—¡Tiene celos!—agregó con ironía Ernesto

—¿Por qué? Hoy todo el mundo les admira y les ama... Mientras vuelan—repuso Milzza, que sin comprender el doble significado de la palabra se creyó obligada á dar un cariñoso papirotazo en la nariz á su amando para desenojarle.

—¡Que todo el mundo les admira es cierto, pero que los ama...!—dijo desencantada Miss Hope.—Acaso sólo inspiran verdadero interés á sus enemigos.

—¡Oh! Yo prefiero ya el arte. Jamás he tenido la sensación de que un libro ni un cuadro me aplastasen la cabeza como me ha sucedido ahora.

Los otros tres aviadores habían realizado felizmente la ascensión, y la gente, tanto tiempo en espera, abandonaba Vincennes, poco á poco, cansada, molesta, defraudada en su fuero interno por no haber presenciado una catástrofe.

Todos los hombres se habían sentido humillados, mezquinos, insignificantes, y todas las mujeres se hubieran entregado con el deseo á los triunfadores.

—Ahora—decía alegremente Ernesto,—como nadie ha de confesar que no se ha divertido mucho, vamos á terminar alegremente la etapa almorzando reunidos en el restaurant italiano los célebres macarrones de Nápoles ó el arroz de Milán. Raul nos invita.

—¡Comer á la italiana—dijo la inglesa haciendo un gesto.—comidas con aceite. ¿Por qué no el exquisito Sole Marguerit?

—No la condenaremos á usted á buen jamón, pollos tiernos, aceitunas aliñadas y otras porquerías de nuestra cocina, señora—respondió Raul.—Allí encontrará también otros platos. Roast-beef y beef-teak á la inglesa, pero le debemos la preferencia á este restaurant porque allí me esperan algunos compatriotas.

—Vamos al restaurant italiano—dijo madame Viart.—Me siento cosmopolita. Le pondré un "petit bleu" á mi esposo y otro á mi amigo para que no me esperen.

—Mme. Viart es la mujer más feliz de la tierra—dijo Ernesto á Raul.—Su marido le tolera el amante con tal de verla contenta; ambos la dejan hacer cuanto quiere; es rica, bella, famosa y el amar á los dos tiernamente no le impide tener algún que otro capricho, te lo advierto.

—No me gusta hacer el tercero—respondió el pintor con acento algo forzado, en el que se notaba un disgusto engendrado quizás por el despecho de verse tratado con una tan alegre frivolidad por la hermosa Solange.

—Parece que no eres muy sincero.

—No, es que no creo que puedan caber tantas pasiones en un corazoncito tan pequeño.

—Pues eso es su mayor aliciente. Yo me enamoraría de cualquier mujer que no tuviese corazón.

—¿Para qué?

—Para tener la esperanza de despertarlo. La vida moderna ha dejado reducida* las conquistas de los tiempos heroicos á los corazones de mujer.

—Cosa que no conseguimos casi nunca, amigo mío; por más que nuestro amor propio nos haga creer lo contrario. Si pudiéramos analizar el corazón con tanta exactitud como los cuerpos que se estudian en el laboratorio, veríamos que pocas veces las sumisiones femeninas obedecen á un verdadero amor.

—Eso no es cierto—exclamó interrumpiendo Solange, que había escuchado las últimas palabras.—Las mujeres amamos al amor que nosotras sentimos, y nos empeñamos en que encarne en un hombre determinado. Nos acostumbramos á él. Es una cosa tan fea la costumbre...

—No nos pongamos trascendentales, amigos míos—interrumpió Ernesto;—todas nuestras grandes pasiones residen en nuestro pensamiento; es muy cómodo ese vocabulario que las atribuye al corazón. Después de esta noche en vela es ante todo el estómago el que reclama sus derechos.

Se había aproximado el automóvil.

—Yo quisiera quedarme—dijo Alfredo,—tengo necesidad de...

—Bueno, bueno, amigo mío. Deseas aprovechar la ausencia de tu rival para ser feliz con la bella Renée.

—¿La conoces?

—Yo conozco á todo el mundo. No te inquietes. Milzza te cambiaría á ti por Amed y tú la abandonas por la esposa de éste; y todavía hablaba Solange de la fuerza de la costumbre.

—¿Estás seguro de que era Amed el que iba en su aparato?

—Sí, ya te lo he dicho, está tranquilo... y sobre todo, desea su vuelta, te lo aconsejo. No sabes lo que pesa sobre la vida una mujer sin esposo.

II

Renée había pasado la noche atormentada. Se acostó haciendo esfuerzos por dormirse, con el pensamiento fijo en evitar las huellas que la fatiga y el insomnio marcarían en su rostro, pero los nervios no la dejaban reposar un momento; la sacudían haciéndole agitarse y revolverse entre las sábanas. Aunque cerraba los ojos creía ver á través de los párpados los muebles de la estancia y los ruidos más leves aumentaban aturdiéndola.

Tuvo que levantarse y abrir el balcón, buscando la benéfica influencia del aire. Todo el pueblecito de Villemomble reposaba. Los lindos hoteles que formaban sus calles, ocultos entre los gigantesos tilos y encinas del antiguo bosque, tenían las ventanas cerradas. Reinaba un profundo silencio, una paz blanda y adormecedora. La brisa de la mañana empezaba á mover las hojas con rumor de sedas, y el rocío lavaba con su ligera llovizna el verdor de las hojas y hacía subir del suelo el acre perfume de la tierra mojada, perfume de noche y tierra húmeda; un perfume de sombra.

Después de un rato de inmovilidad Renée miró

al cielo con inquietud; una ligera niebla empañaba el azul. Había señales de próxima tempestad.

Con un movimiento brusco entró en la estancia y se acercó al espejo. Era una mujer alta, fuerte, de boca grande y roja, el cabello rubio suelto á la espalda, contrastando con el tinte moreno de la carne; y los ojos, pequeños y penetrantes, de un color gris acero. Eran unos ojos de pupila blanca, capaces de expresar todos los matices del pensamiento, pero imprecisos, con el reflejo lechoso de los ópalos para encubrir las impresiones, fríos y capaces de penetrar en el alma de los otros, y con relámpagos de acero cuando los animaba la pasión. Bastaba verle los ojos para tener la sensación de una voluntad soberana, inflexible, capaz de conducir al fin que se propusiera.

Vestía una bata azul, suelta, y sin corsé, y el pecho opulento se escapaba por la abertura de los encajes. El cabello, tendido sobre la espalda, hacía resaltar su palidez.

—Está visto—murmuró hablando con su imagen.—mañana no se me podrá mirar...

Sin acabar el pensamiento, empujó la puerta del cuarto tocador, encendió la lamparilla y preparó el baño facial, seguido de un ligero masaje. Se hacía preciso cuidar de la frescura de la tez. Entretenida en aquella grata tarea iba logrando olvidar las preocupaciones que la atormentaban. Se dejó caer en la "chaise-longue" y se adormeció en sus lembranzas.

Sin duda era ingrata con su marido, pero no podía dominar sus ímpetus. Aunque tuviese un amante no dejaba de quererlo bien. ¿Acaso no se puede amar á dos hombres á la vez con igual intensidad? Si todas las mujeres fuesen francas no negarían el fenómeno. Ella amaba á "Amed", estaba acostumbrada á él, le profesaba agradecimiento unido á una gran ternura, pero al mismo tiempo una ardiente pasión la arrastraba hacia Alfredo. Era el aroma del pecado, el goce prohibido; el elemento romántico de su existencia con las dificultades que habían de vencer para verse, el atractivo del peligro, y el ardor carnal de la pasión no satisfecha, en la que quedaba mucho ignorado que descubrir. Descansaba al lado suyo de lo vulgar, de lo cotidiano, probaba impresiones que el respeto de su esposo no le había hecho experimentar; y su alma se partía entre aquellos dos hombres con la misma intensidad, sin saber prescindir de ninguno de ellos.

Si Amed hubiese sido más tolerante, su felicidad hubiera sido completa. No le faltaba nada de cuanto constituye una tranquila vida burguesa, en aquel hotelito de Villemomble, rodeado de jardín, con árboles seculares, mecida en la fe de un amor casto. Pero su sangre y sus nervios no se avenían con la quietud, ni su ambición se conformaba bien con la mediocridad. Se había casado en Bretaña, soñando con los atractivos de la vida parisiense. Pensó que el capital de su marido era la fortuna, y luego se encontraba con que aquellos mil francos mensuales del mecánico, que tanto deslumbraban á sus paisanas, apenas bastaban para vivir con decoro.

Además, Amed parecía no fijarse en la necesidad de expansión que tenía su esposa, ni en la estre-

chez del círculo en que la obligaba á moverse. El galante, amable, fiel cumplidor de sus deberes, la acompañaba siempre, pasaba todas las noches á su lado, cerca de la chimenea en invierno ó entre los macizos de flores del jardín en verano, sin separarse de ella más que en las horas de trabajo. Cuando creía que su esposa se aburría demasiado, le compraba alguna novela cuya lectura les duraba toda la estación.

Renée languidecía en aquel ambiente, la constante compañía del marido la cansaba; se sentía morir de tedio entre las mismas caricias y la misma conversación.

Algunas veces él la llevaba á pasear al bosque de Rancy, ó á pasar los días de fiesta en París para tomar cerveza en el café de Madrid, comprar un vestido en la Galería Lafayette, comer en un restaurant modesto y terminar la noche en un "Cinema Pathé" esperando turno para poderse sentar. Una vida mediocre que la ahogaba. Todo iba envejeciendo á su alrededor, los muebles y los tapices se deslustraban; hasta los retratos de su gabinete parecían inmovilizar el tiempo en torno de ella. Si se asomaba al balcón, siempre el mismo paisaje, al abrir los ojos por la mañana siempre los mismos objetos. Una monotonía desesperante. Allí estaba su retrato de desposada con su encogimiento de señorita bretona, y el de su marido, con pequeño bigote juvenil. Ellos habían cambiado tanto que ya no eran los mismos; y sin embargo, habían de permanecer siempre igual, con la misma "posse", igual sonrisa é idéntica actitud afectada. ¡Y habría de estar así siempre!

La sociedad del pueblo era insoportable. Las pequeñas localidades, por cerca que estén de una gran ciudad, tienen los inconvenientes de la monotonía que ha de distraerse á costa de la curiosidad que despierta el vecino.

Todas las damas se pasaban el día atisbando por entre las entreabiertas persianas. Se sabían las compras que se estaba obligado á hacer á los vendedores ambulantes, las cartas y las visitas que cada uno recibía. Así, celos, envidias y rencores estallaban fácilmente. Cada una creía ver en su vecina más cercana un testigo de lo que no deseaba que se supiese, y bajo la forma cortés y obligada del trato social, se reunían pocas veces.

Alguna que otra velada musical, con lectura de versos y juego de prendas, que daban excelente ocasión al cambio de besos de los juegos de esta clase en toda Francia, unas reuniones pretenciosas, frías, estiradas, sin cordialidad, á las que era preciso asistir para no enemistarse con todas las damas del lugar.

El aburrimiento es el peor consejero de la mujer. Su imaginación romántica empezó á disgustarse de la realidad. Se aficionó á las novelas, que le llevaba su esposo, encarnando en la vida irreal de sus heroínas, con su ansia de goces y de pasiones exaltadas.

En algunos momentos el estado anormal de su ánimo se traducía en violentas crisis de lágrimas, arrebatos de mal humor y pasiva indiferencia á las caricias del marido. Amed temió por la salud de su esposa. La amaba ciegamente, con un amor inquieto, de amante que no posee á la que adora. Sin ser psicólogo comprendía que aque-

La mujer no era toda suya, que se le escapaba mucho de su alma; algo impenetrable que se esforzaba en vano en descifrar detrás del cristal lechoso de sus ojos.

Sólo cuando á costa de un sacrificio, que ella no parecía comprender, realizaba alguno de sus caprichos, veía en sus ojos el relámpago de acero de la pasión y volvía á hallarla locuaz y contenta como en los bellos días de la luna de miel.

Comprendió con tristeza que Renée no podría ser la mujer de hogar modesta y tranquila que él había soñado. Para conquistar á su esposa por entero hacía falta una gran fortuna.

Entonces pensó en la aviación. Era la manera de hacerse admirar por ella y de rodearla de encantos. El primer premio conquistado le había hecho probar la dulzura de un viaje á Holanda. Unos días que rompieron el fastidio del hogar sin hijos. Su mujer había vuelto para él á los tiempos de novia. Lo había acariciado con sus pupilas claras; había escuchado enamorada, con la mano entre las suyas, un concierto de órgano en la catedral de Rotterdam, y había viajado reclinada sobre su pecho por las costas del mar del Norte y por las islas del Zuiderzee.

No dudaba del amor de su Renée; quizás era romántica, quizás sentía la desigualdad de carácter de las mujeres estériles. Un poco de dinero bastaba sólo para asegurar su felicidad. Y ella no se había opuesto al sacrificio de su marido. En aquel momento de peligro sentía remordimiento de haberlo traicionado sin dejar de amarlo.

Había sido á pesar suyo, durante la última Feria de Nancy, cual llevaba los parisienses al pueblecito. Era una feria pobre, provinciana, que quizás por eso ejercía su encanto sobre la gran población.

Tranvías y trenes llegaban atestados de gente; los automovilistas enderezaban hacia allí sus paseos, y bajaban todos en la gran plaza, iluminada con centenares de farolillos de colores, para entregarse á la ingenua diversión del "tío vivo", la "montaña rusa" ó la "ruleta humana", enorme rueda colocada en medio de la plaza, y que constituía la principal "atracción" de la feria, con los graciosos espectáculos á que daban lugar las caídas de hombres y mujeres colocados en su centro, con el girar vertiginoso de la rueda.

Renée había ido una noche, mientras su marido estaba ausente, á la feria, para acompañar á una amiguita que deseaba ver los fuegos de artificio.

Se sentaron un momento en el café. Estaba cansada, aburrida, mirando con tristeza las contorsiones de una bailarina que cubría con bermellón y albayalde su marchitez, y de un grueso equilibrista, que trataba de entretener al público con sus ejercicios.

En la mesa cercana había un joven solo, que apuraba á pequeños sorbos un vaso de cerveza. Ella le miró distraída, con ese vago mirar de un pensamiento ausente, en el que los ojos no dan cuenta al cerebro de la imagen que retratan. Su insistencia debió llamar la atención de Alfredo, y despertar su audacia para buscar con audacia su mirada. Cuando se levantaron las siguió hasta su casa y Renée tuvo que fijar la atención en el joven. Sintió una conmoción, un choque violento en

todo su ser. Alfredo tenía todo el tipo de los franceses del mediodía, acentuado de un modo que hacía recordar las razas árabe y española.

Tenía unos ojos negros, profundos, rodeados de una atmósfera azul, subyugadores. Aquellos ojos le dirigieron á la vez una declaración, una promesa, una súplica y un mandato.

Cuando se quedó sola abrió el balcón; el cielo se elevaba tanto sobre su cabeza que en sus profundidades de bóveda tenía oleaje de mar. La luna se perdía en una atmósfera azul grisácea que le recordaba los ojos del desconocido. Le parecía verlos brillar cerca de la reja. Como atraída por un punto misterioso, Renée bajó al jardín, acarició al mastín, que calló sus ladridos al conocerla, y se acercó á la reja. Alfredo estaba allí... Sin darse cuenta de lo que hacía, impulsada por una fuerza extraña, abrió la puerta...

Desde entonces, ella alentó á Amed en su ambición. Necesitaba salir de Villemomble. Tenía la seguridad de que ni la servidumbre ni las vecinas cercanas ignoraban su devaneo, y sentía odio hacia todos aquellos que la casualidad parecía haber hecho sus cómplices.

Sentía ante ellos una sensación semejante á la del aire de la mañana sobre el rostro, después de estar toda una noche cubierto con la careta en el salón de baile. Una llamarada de rubor frío venía por rara paradoja á quemarle las mejillas.

Temblaba siempre ante la idea de que una mala intención ó una imprudencia, á pesar de todas las precauciones, se lo revelase todo á Amed. No tenía miedo por ella, sino por su amante, cuya vida le era más preciada que la suya.

En algunos momentos había tenido la idea de revelárselo todo á su esposo, herida en lo más noble de su ser por la confianza que le demostraba. Podía pedir el divorcio y casarse con su amado.

Al llegar á este momento, una gran angustia se apoderaba de ella. Esposa de Alfredo necesitaría ser la amante de Amed. No podía prescindir de ninguno de ellos. A la idea de la separación era el marido el que dominaba sobre el rival, con todo lo que había creado en ella en los largos años de asiduidad y ternura; con la costumbre de verlo á su lado, de sentirse protegida por él. Acaso Alfredo no sería de buen grado su esposo; ni la amaría con tan noble desinterés. No sabía apenas nada de la vida y de las costumbres de su amante; y sin embargo, aquella pasión loca, que había brotado al contacto de la mirada azul de los ojos de sombra, la encendían la carne y la sangre, y la esclavizaba. No comprometía su felicidad en aquel loco amor, la encontraba en él, con la multiplicidad de sus sensaciones. No quería pensar que acaso en la vida de Alfredo había otra mujer, ni admitir la posibilidad de que Amed pudiera serle infiel. Necesitaba por entero el amor de aquellos dos hombres, que se complementaban. Tal vez cada persona tiene más de un alma y necesita una suma de facultades distintas para satisfacerla.

No era suya la culpa, se sentía dominada por una fuerza superior. Los años de soledad habían labrado de aquel modo sobre su carácter, desarrollando demasiado las fuerzas internas, y despertándole aquellos deseos vagos é insaciables que



no podrían realizarse como el de la jovencita que vende su virginidad por poseer el collar ó el brazalete que la obsesiona. El ansia del espíritu queda siempre insaciable. Se daba cuenta de ello en aquella terrible noche de insomnio.

El silbido de un tren que llegaba de la próxima estación le anunció el día. ¡Era el tren de siempre! A fuerza de verlos cruzar constantemente no distinguía unos de otros, y hasta había perdido el deseo de viajar en todos ellos. Se asomó maquinalmente al balcón y miró indiferente el penacho de humo y los anillos de hierro tenderse á lo largo del camino. Hasta ella llegaba el trepidar de las poleas y el chillido de la locomotora. Permaneció quieta; cada diez minutos cruzaban otros trenes que miraba sin verlos; se había despejado el cielo, el sol iluminaba el balcón y vestía de fiesta el verdor de los campos y la oriflama de la opulenta cabellera rubia.

Sus ojos, más grises, más oscuros, más impenetrables que nunca, interrogaban el espacio. Al fin una estrella negra se dibujó en el aire. Renée se llevó las manos al corazón para sujetar sus latidos. La figura del monoplano empezó á delinearse. Era su marido que se dirigía hacia allí. Tomó los gemelos y le distinguió sobre el aparato que se acercaba á tierra; en aquel homenaje de su cariño creía ver algo del "Ave César" de los condenados á muerte ante sus tiranos. En aquel momento hubiera querido llorar, gritar, estrecharlo contra su pecho. ¡Si llegase á tierra! Ella le rodearía los brazos al cuello y no le dejaría exponerse á nuevos peligros. Conmovida, temblorosa, agitó su pañuelo blanco. El la veía y en vez de saludarlo lo llamaba con el lienzo, pero el monoplano había virado en dirección contraria, y se alejaba remontándose. Sintió una desesperación inmensa, un impulso de gritar; alargó la potencia del antejo y siguió ansiosa los movimientos de las alas blancas, que se obscurecieron hasta perderse en el sol.

Mucho rato después miraba aún, el punto negro quedó impreso en su retina... luego ¡nada! Un sentimiento desconsolador de impotencia se deshizo en lágrimas... Pero al calor de ellas sobre las mejillas sus pensamientos variaron. ¿Llorar? No, no; no quería estar fea. Su espíritu frívolo se imponía. arrojó el pañuelo que había roto nerviosamente entre las manos y volvió á entrar en el tocador para humedecerse los ojos con agua. El espejo, en que tantas veces se contempló al lado del marido, le evocaba la figura del amante.

Alfredo la esperaba. Era mejor que "Amed" hubiera continuado su viaje. Estar siempre sometida á su vida oscura y uniforme la espantaba. Si triunfaba en la carrera tendría dinero, galas, automóvil y libertad. puesto que él, ocupado en sus tareas, la dejaría más tiempo sola. Si no triunfaba, era mejor la muerte de cualquiera de los dos que la existencia sin amor ni odio. No podía acomodarse á la vulgaridad.

"Amed" no reparaba en la necesidad de homenajes que siente toda mujer hermosa. Parecía no fijarse en ella; era Alfredo el que siempre tenía un cumplimento para su peinado, su traje ó su perfume; el que sabía ocuparse con ella de las

frivolidades de mujer que el otro no entendía, y creaba así un lazo que se le hacía tan necesario como el amor. No sabía prescindir de él; se sentía halagada por la admiración que consagraba á su belleza; como todas las diosas, tenía necesidad de culto.

Las dificultades para verse excitaban más su pasión. Tenía necesidad de ser un día entero de su amante. Comer con él, pasear á su lado al aire libre; pasar la noche entre sus brazos, y encontrarlo dormido sobre su seno al despertar.

Aquel día no gozado la fustigaba cruelmente en el deseo. Después de él, quizás podría olvidarlo; antes, la atormentaría siempre el día soñado. La vehemencia de su carácter no nubiera reparado en nada para conseguirlo. ¡Ser admirada en todas sus perfecciones un día entero! La ausencia de Amed le presentaba la ocasión. Había hecho un delicioso programa. Se encontrarían en Versalles, á las dos de la tarde, pasearían al aire libre, al sol, besándose entre los árboles, ostentando su amor y su ternura como un matrimonio enamorado. ¡Que los vieran y los envidiaran! Después comer juntos, solos, olvidando las viandas para mirarse usando el mismo plato y bebiendo el "Champagne" en la taza de sus labios... luego... la noche entera de amor y de delirio... Con los ojos entornados, entreabierta la boca, la respiración fatigosa, se veía en los brazos de su amante, adorada por él; y gozando más que en su amor en la pasión que inspiraba... El momento de amor y sentimentalismo que en su situación excepcional le había hecho sentir su esposo había desaparecido por completo. Se reía de su impresionabilidad. La fortuna que aportase Amed y el amor de Alfredo constituía toda su ambición. Era preciso compaginarlo todo sin sentimentalismos indignos de una mujer de su espíritu.

Dos discretos golpes sonaron en la puerta.

—Adelante—murmuró trabajosamente.

Apareció una doncella.

—¿La señora no se ha acostado?

—No podía dormir.

—Yo he pasado la noche vestida esperando que la señora llamase.

—Gracias.

—Dicen que ha pasado un aviador por Villemable. Acaso el señor...

—Sí, era él; lo he visto.

—¿Oh! El señor triunfará y volverá con salud.

—¿Dios te oiga!

—¿Quiere la señora el desayuno?

—Un vaso de leche solo, y en seguida el baño. Prepárame la ropa.

—¿Va á salir la señora?

—Sí, la impaciencia me mata. Voy á París. En las redacciones de "Le Matin" y "Le Journal" se reciben las primeras noticias. Me iré allí. No te inquietes si no vengo... hasta la noche... ó hasta mañana...

—Descuide la señora. El señor triunfará.

Mientras la doncella iba á cumplir sus órdenes, Renée tomó uno de los periódicos que le había dejado sobre la mesa. Ya traían noticias de la salida de los aviadores, detalles de los accidentes ocurridos á la multitud. Los leía ávidamente, bus-

cando nombres conocidos. ¡Nada nuevo! El pasado no la interesaba, dió la vuelta al periódico y sus ojos se fijaron en la sección de anuncios. Más de media plana la ocupaban los reclamos de los adivinadores parisienses.

Entró la doncella con la bandeja y el vaso de leche.

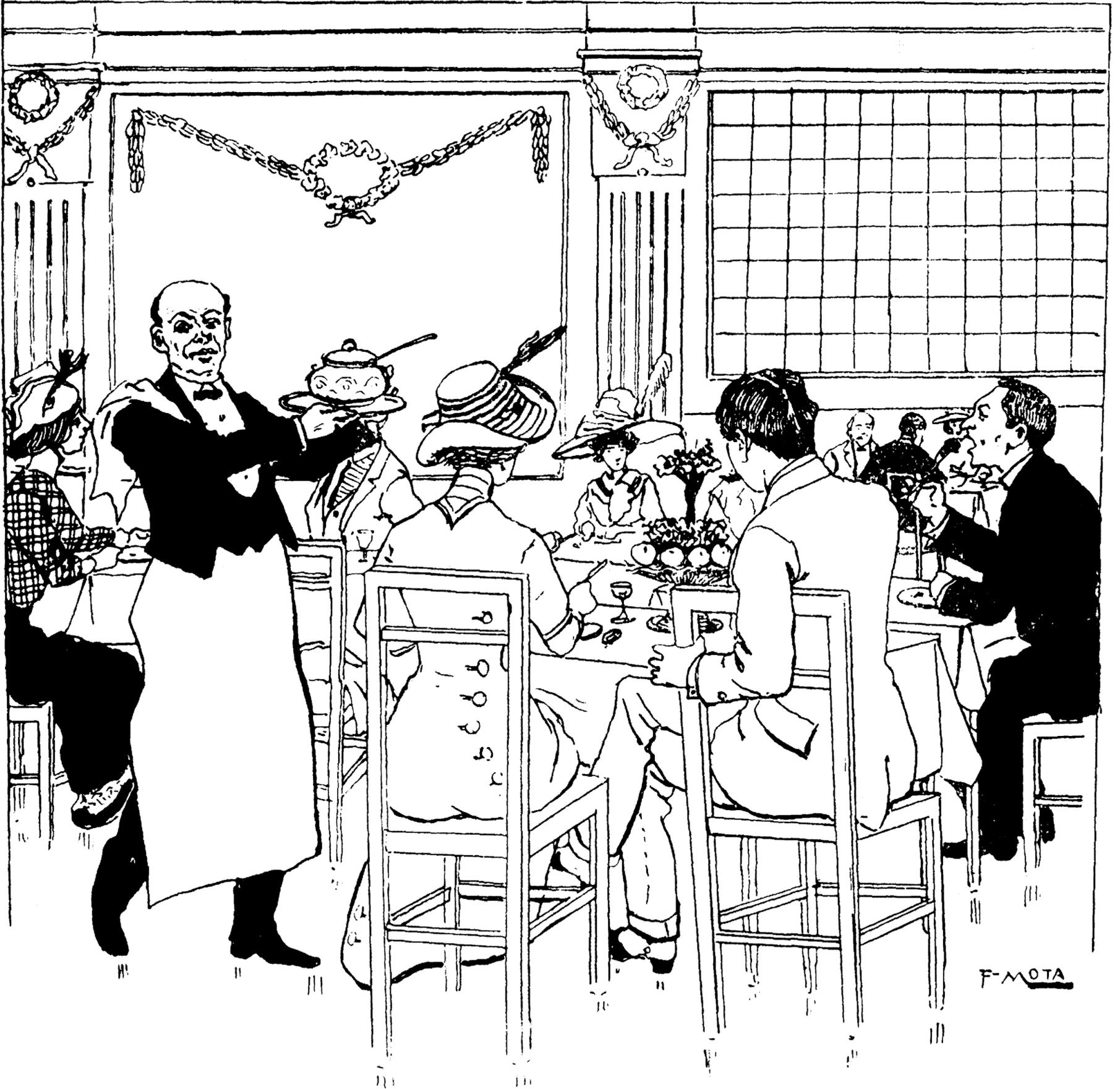
—¿Conoces tú, Justina, alguna de las adivina-

grandes damas francesas, inglesas, artistas. Iban la Polaire y la Lantelme.

—¡Pobrecilla!

—Ya le predijeron su fin.

—¿De veras? Acaso la mataría eso, porque el saber que una cosa ha de ser, crea una fatalidad. Yo he tenido siempre miedo á todo lo desconocido. Me parece preferible ignorar lo que es inevi-



oras que se anuncian aquí? Me gustaría conocer el porvenir.

—Si la señora quiere, puedo acompañarla. Los hombres se ríen de estas cosas. Pero ya ve usted, si fuese mentira, no lo anunciaría un periódico tan serio. Mi antigua señora iba todas las semanas á consultar con Mme. de Thebes, y le acertaba muchas cosas.

—¿Qué era tu señora?

—Esposa de un diplomático español.

—¡Oh! Las españolas y las italianas son muy supersticiosas, y creen todas las patrañas.

—Sí, pero allí nos encontrábamos con muchas

table; ¡qué lástima de Mme. de Thebes!

—La consultaban hasta las reinas más católicas de Europa, y en ellas no cabe el suponer ignorancia.

—Son mujeres al fin.

—Pero figúrese la señora que hombres las dirigen. Ahora, con motivo de su coronación, he sabido que la reina de Inglaterra tiene un fetiche en la corona.

—¿Cómo?

—Una flor desecada que creció en sus jardines el año 1066, cuando la aparición del cometa Halley. Gracias á ese talismán ganaron los ingleses

la batalla de Hasting, y desde entonces data la preponderancia de la Gran Bretaña.

—Parece un cuento de los que me contaba mi nodriza en el pueblo. Lee.

La doncella obedeció.

—“Gabinete Gerson, frente á la Gare St. Lazare. informaciones secretas, papeles para divorcios, espionajes”.

—Pasa, pasa, no es eso.

—El... el... el... Hay muchos.

Mientras murmura en voz baja, pasa media columna del periódico. Vuelve á leer:

—Discreción... doncellas... se admiten hijos naturales”.

—No es eso tampoco.

—Ya sé, señora, ya sé... es que busco—responde Justina mientras pasa otra columna.—Aquí está: “Mme. Darián, vidente, sonámbula y cartomántica. Cerca de la Samaritana. Ofrece remedios amorios y filtros...”

—Esa no.

—“Mme. Débora, adivina en las líneas de la mano, en el cristal ó en el ensueño”.

“Mariana Juan, la reina de las videntes”.

“Mr. Stephan. dispone de la voluntad por medio de las “Fuerzas Desconocidas”.

—¡Qué miedo! Sigue...

—“Mme. Claverie”. Esta emplea el magnetismo, quizás sea mejor.

—No.

—“Mme. Susane, predice todo el porvenir”.

—Tal vez convenga ésta.

—O ésta. “La Druidesa Yalta, vidente...” También ésta “Mme. Albane de Siva, que adivina por medio de los astros y las ciencias ocultas...” y “Meja, la gran vidente egipcia”.

—¡Cuántas!

—Ya se conoce que la señora no se ha fijado nunca en ellas. Hay mil más, el periódico lleno... y por París no se dan cien pasos sin que le entreguen á una un prospecto. No se anuncian más que las adivinatoras y los específicos para la belleza.

—No me decido. ¿Trae algo más ese periódico? Quisiera distraerme.

—Nada “Francia y Alemania”.

—Lo de siempre; no hay que hacer caso de eso.

—Marruecos.

—No me interesan los moros.

—La huelga de los “Chemnotes”... El cólera... el crimen de...

—Calla, calla.

—Cosas de España.

—¿Algo de toros ó epletistas?

—Es una carta de un periodista francés que describe á Madrid. “Todavía se recuerda la inquisición, la Guardia civil de uniforme y con los pies descalzos sigue las procesiones”.

—¡Qué país! ¡Descalzos!

—Así lo dice el artículo.

—Bueno, deja eso y péiname. Son cerca de las doce.

Un violento campanillazo dado en la verja la hizo estremecer. Justina se avalanzó al balcón.

—¡Señorita, un telegrama!

—¡Dios mío! ¡Una desgracia...!

—¡Quién sabe! Quizá una buena noticia. La llegada á la primera etapa...

—Corre... Ve... Yo no tengo valor.

Mientras Justina iba á cumplir sus órdenes, Renée se dejó caer desfallecida en la “chaise longue”, sin fuerzas para salir al encuentro del pedazo de papel amarillo que podía contenerlo todo; como si una de aquellas magas rasgase para ella el velo de lo desconocido, en el misterio que momentos antes anhelaba descubrir.

III

El almuerzo en el restaurant italiano le había parecido á Alfredo interminable. Milzza le había obligado á asistir, y hasta que, borracha de champagne y rendida por el sueño, la había dejado en el modesto cuarto de su hotel de la rue Geoffroy Marie, no pudo librarse de ella.

Ernesto, un amable periodista español, con carta de naturaleza en Francia, donde residía más de veinte años, era un hombre elegante, caballeresco y enamorado, aficionado á todas las extravagancias, con exquisito espíritu de artista, que encontraba muy de su agrado á la rubia miss Hoppe, y había pasado todo el tiempo sumergido en el encanto de admirar el excelente apetito de la inglesa. Raul, el pintor italiano, se esforzaba, por su parte, en convencer de las excelencias del arte á la caprichosa Solange, y parecía irlo consiguiendo, según lo complacida y risueña que se mostraba la hermosa morena.

Los otros dos comensales eran una pareja de enamorados italianos, que habían escapado de su tierra en alas de la pasión, para colocarse bajo la protección de su compatriota.

Eran una pareja extraña. Ella una mujer de veintiocho á treinta años, blanca con cabello negro, cortado en melena alrededor del rostro, y ojos grandes, un poco torcidos, que daban una expresión sombría al rostro, y originaban un gracioso movimiento á su cabecita para disimular su defecto. Era un movimiento de gorrión ciego, que enarca el cuello para enfocar el oído.

El representaba unos sesenta años, colorado y fresco, con aspecto de hombría de bien; que había tenido hasta entonces una vida tranquila y metódica.

Se habían conocido durante la estancia en un balneario de moda, y ciegamente enamorados uno de otro, escaparon al extranjero, llevándose él toda su fortuna, y abandonando á su mujer y á sus hijos. Bien es verdad que de éstos el más joven tenía treinta años, y había propinado á su padre una buena tunda de garrotazos para curarlo de su amor.

Aquello había sido un escándalo, la prensa habló del hecho, y la feliz pareja unió al encanto de su amor el de la popularidad. Le contaban sus ilusiones á todo el que quería oírlos. El un hombre sujeto al yugo desde los diez y ocho años, al lado de una mujer que no podía entenderlo, recobraba toda su juventud con aquel amor. Era una resurrección mágica de su espíritu, que le impulsaba á la vida y al arte. Estaba escribiendo un libro

de versos dedicado á su amante, versos de pasión, de entusiasmo: al mismo tiempo que traducía del alemán las poesías de Schiller; enmendando aquellas que le parecían defectuosas.

Al mismo tiempo, sin poderse sustraer á los remordimientos que le causaba el saber que su abandonada esposa se sentía gravemente enferma, le dedicaba todos los días una composición elegíaca, destinada á cantar sus sufrimientos y su muerte, con una ternura semejante á la de Balart. Creía cumplir así todos sus deberes, puesto que si abandonaba á la compañera de su vida á impulsos de aquel invencible amor, no la privaba de su parte de inmortalidad.

—Es una empresa digna de mí arrancar este hombre á la vida burguesa y hacer de él un gran artista — decía la italiana, estremando sus mimos con caricias y amables papirotazos, entre los que se mezclaban peticiones de dulces ó trajes con amenazas de negar algún extraordinario placer.

—Juanito—decía con voz melosa,—al salir de aquí me llevarás á comprar unos pendientes como los de Mme. Viart. No me digas que no... porque entonces... Luego...

Los puntos suspensivos iban amenizados con una caricia en el cabello y un tironeito de orejas que hacía sonreír al enamorado.

Milzza estaba furiosa. Aquello era un amante



y no Alfredo. Ella no había tenido suerte jamás. Excitada con el vino su sentimentalidad le contaba sus penas á Ernesto. Se casó muy niña, tuvo un hijo... su marido la abandonó por su propia hermana y se lo robaron entre los dos... Pensó volverse loca...

El periodista la escuchaba galante. Una larga experiencia le hacía conceder la limosna de su piedad á todas aquellas pobres mujeres, para las que es un consuelo ser escuchadas, cuando el champagne excita su sentimentalismo. Era la historia vulgar de la mujer engañada, que más tarde habrá de engañar también. Su amargura era la impotencia de todos los esfuerzos hechos para levantarse con las alas rotas, buscando un amor que la salvase.

—Yo no he amado jamás á nadie—decía la artista con aire de convicción.—He buscado al amor en todos los amantes. Si uno sólo me hubiese amado... Si hubiera podido rehacer mi hogar... mi hijo... aquella inocencia y aquella fe de los primeros días...

Miss Hoppe, conmovida, le suplicaba que se callara.

—Aquello ya pasó—respondía ella, esquivando la compasión, y, con lagunas de años enteros, seguía hablando confusamente de sus grandezas y sus glorias, de un conde que la protegió hasta su muerte; de triunfos en el teatro; y de sus miserias y abyecciones: recordaba á un amante al cual tenía que meterle los dedos en los ojos y tirarle de la lengua hasta hacerle saltar sangre si quería tenerlo contento.

¡Había sufrido tanto! La crueldad de la vida hace que salgan callos en el corazón. Alfredo era su último callo. Si la molestaba tendría que estirpárselo. Ya no experimentaba placer más que en que su amado le rascara la planta de los pies...

—Está borracha, no hagan ustedes caso—decía Alfredo consternado por aquellas revelaciones. Está leyendo una novela de Jean Lorraine.

Como si quisiera darle la razón, Milzza le recitaba cadenciosamente á la inglesa las poesías de Remy de Gourmont:

“Bendecida sea tu boca
porque el adulterio encierra”.

Solange y el pintor continuaban interesados en su discusión transcendental. El espíritu inquieto de la dama encontraba un extraordinario aliciente en la conversación del joven. Le revelaba todo ese mundo de luchas sordas y titánicas, y pasiones encontradas que rodean á los artistas.

Ella veía que la lucha en la tierra, con los semejantes, con la vida, era más intensa, encarnizada y peligrosa que la lucha con los elementos.

Escuchaba conmovida el relato de las angustias, los apuros, las esperanzas deshechas, que le revelaba el joven. No era aquella lucha para conquistarse el pan al mismo tiempo que el nombre que ella conocía. Su marido era rico, y su dificultad podía conquistar su patente de genio. No tenía que esforzarse en una gran creación; le bastaba buscar un argumento y desarrollarlo de un modo meditado y lógico, la difusión en miles de ejemplares y las informaciones, bien pagadas, de la prensa, hacían su fama. Su amante seguía el mismo procedimiento. Era el “autor de la casa” en un teatro aristocrático, y le bastaba con versificar leyendas de gran espectáculo, que se aplaudían siempre con exageración. Le había parecido que aquello era el arte y el triunfo. Ahora vis-

lumbaba que era algo más. Empezaba á conceder la superioridad del artista sobre el aviador y el apache. Se necesitaba más valor para aquellas luchas que le narraba su nuevo amigo, aquellas intrigas que ó no admitían el lienzo en la exposición, ó lo dejaban en la sombra, la parcialidad interesada de los jurados; los lamentos de los mediocres entre los que se ahogaban las protestas de talento; y la falta de apoyo en los periódicos, el falseamiento de la verdad, al tratarse de una obra pictórica, difícil de ejecutar sin medios pecunarios y más difícil de hacerla conocer. En aquellas aficiones artísticas, exentas de mercantilismo, había una epopeya ignorada... No era él solo en padecer todo aquello; le citaba los nombres de los grandes pintores desconocidos ó vejados por sus contemporáneos...

La compasión de Solange se traducía en un amoroso sentimiento de admiración, que le hacía dejar su pequeña mano entre las rudas manos del joven.

Por fortuna, los otros comensales no estaban más serenos.

Miss Hoppe se ponía sentimental.

—No me hable usted de amor—le decía á Ernesto.—No quiero volver á sentir el corazón; sería volver á sufrir de nuevo.

—¿Pero usted cree que verdaderamente se sufre, y no es todo un espejismo de la costumbre, que nos da hechas frases y sentimientos en cuya falsedad creemos de buena fe?

—No blasfeme usted. ¿Cómo podríamos negar el amor después de haberlo sentido!

—Pues esa precisamente es la cuestión, señora. Después de haberlos experimentado es cuando pueden negarse los dolores del amor.

—¿Cómo!

—Sí, después de haber sentido esa que llamamos la pasión sincera, poderosa, grande, pujante, que lleva en ella toda nuestra alma y toda nuestra sinceridad, y haberla visto desvanecerse... ¿Qué dolor puede traspasar nuestro corazón?

—Siempre ese mismo dolor renovado hasta lo infinito.

—Eso sería si la memoria no se agotase. El amor reside en la memoria y en el proyecto que formamos para el día siguiente. Jamás podemos hallarle de presente.

—¿Y usted cree...?

—Que después que hemos perdido ese primer amor, y aún seguimos viviendo, no tenemos derecho, ni á crear nuevos desequilibrios ideales, ni á padecer ningún dolor, por intenso que sea.—Y añadió con voz insinuante:—Las horas pasan y en vez de molestarla con filosofías más ó menos amables, sería mejor que me dejase usted demostrarle las bellezas del amor, que se debe aspirar como la rosas, sin fijarnos en lo poco duradero de su perfume. Déjeme usted acompañarla...

Milzza, completamente borracha, y disgustada por la frialdad de Alfredo, seguía en sus lamentaciones y quejas contra los hombres, todos lo mismo. No se le había acercado uno desinteresadamente, hasta los más formales salían cuando menos se esperaba, con la misma cantinela.

Al fin, con una transición brusca, batió las pal-

mas ruidosamente. No valía la pena de deplorar lo inevitable; y pasando de la melancolía á la alegría ruidosa, se puso de pie decidida á desnudarse para bailar sus danzas salvajes.

Se alarmó el pudor de la sensible inglesa, que se puso de pie con decisión, diciéndole bajito, y con gesto melodramático á Ernesto:

—Me confío á la lealtad de su brazo.

Aquel movimiento fué la señal de partida. Raul se encargaba de acompañar á la caprichosa Solange, completamente convencida ya de la superioridad de la pintura sobre las bellas letras y sobre los "sports", si bien recomendándole el secreto más absoluto para con su marido y con su amante, de ninguno de los cuales hubiera podido prescindir.

—No tengo yo la culpa,—decía con ingenuidad encantadora,—de que la naturaleza me haya dotado de un sentimiento masculino que se apasiona ante la belleza. Este interés que no llega al amor es demasiado dulce para que se nos exija á las pobres mujeres que nos privamos de él, y sólo los hombres puedan gozarlo sin censura. Es una insión de marcharse, con prisa de comprar los penjusticia que se necesita reparar.

Los dos italianos aprovecharon también la ocurrencia antes de irse al Hotel; y Alfredo sólo respiró libre cuando, después de dejar á Milzza durmiendo la borrachera sobre su modesto lecho, se vió lejos de todos, en Versalles, cerca de la dicha soñada. Eran apenas las doce, y Renée no iría hasta las dos, pero tenía necesidad de estar solo, de meditar, de pensar en ella.

La veía superior á todas aquellas mujeres que le habían acompañado. Sentía odio contra Milzza, la querida que sostenía por costumbre durante ocho años. El no era rico, vivía en una modesta casa de soltero en la rue Chabriol, y ninguna mujer le demostraba el amor y el desinterés de Milzza, con su mezcla extraña de perversión é ingenuidad. Le había deslumbrado al principio con su cuerpo desnudo, delgado y musculoso como un efebo, con sus extrañas danzas salvajes, con sus ojos trágicos, su cabeza empenachada de plumas y su gesto canalla y lascivo. Luego, en la intimidad, se había roto el encanto. La veía en sus manipulaciones para conservar la belleza, toda cubierta por la capa de yema de huevo mientras hervía el cocimiento de salsifis; la contemplaba grotesca en su gimnasia, desnuda por la habitación para conservar la agilidad, y ridícula componiendo su ropa ó lavando en la palangana la camisa. No valía la pena de ser artista para eso. Le había engañado hasta en la voluptuosidad, con su extraña sensibilidad en los pies. Algunas veces la disculpaba, de todo aquello tenía la culpa la escasez de dinero, ella se resignaba á todo por su amor, con una ternura que llegó á cautivarle.

Ahora le repugnaba, casi la aborrecía. Tenía todo el corazón lleno del amor de Renée. Aquella mujer fuerte, de ojos de ópalo, dominadora, soberana, voluptuosa en sus caprichos; llevaba hasta el aroma del peligro y el adulterio unido á un perfume de castidad. Renée á sus ojos tenía el mérito de la honradez que quedaba entre sus brazos. Era como el esposo que marchita los azahares y desea conservar la impresión. El primer adulterio

equivale á una virginidad.

Aquel día su pasión estaba irritada por esos violentos celos de Amed. ¡Celos de un marido! Lo había visto superior á la vulgaridad, envidiado por las mujeres. Se empequeñecía en la comparación. ¿Si comparase ella? Sentía un deseo furioso de retenerla. No le bastaba ya la caricia de una hora. ¡Siempre! ¡Si se divorceisra se casaría con ella sin vacilar! El matrimonio constituye la mayor prueba de amor, de sumisión que se puede dar á la amada. La haría más suya, adquiriría el derecho de rodearla de respeto, de comodidades.

Conocía que Renée no se divorciaría, y á pesar suyo el deseo de la muerte de Amed se le agarraba al corazón.

Al mismo tiempo, las frases irónicas de Ernesto resonaban en sus oídos. El marido muerto sería más real que el marido vivo. Así tenía empeñada una lucha para arrebatársela al amor de aquel hombre, luego ya no podría luchar con una sombra, con un recuerdo, con todo lo que Amed había creado en la intimidad de aquella mujer, y que no podría jamás hacer suyo. Se la robaría el marido muerto. Le vería con la sugestión de la muerte, en plena gloria en la heroicidad del sacrificio.

Se paseaba por el gran palacio procurando hacer más cortas las horas de la espera. Aquellas habitaciones grandes, con olor de siglos, tan cuidadas, tan artesonadas, tan vacías, le oprimían como si se apretaran en torno de él. Acaso era mejor el ambiente de más allá de las nubes. Pensaba que quizás los hombres habían sido hechos para volar y destrozaron sus alas en las cavernas y las minas porque no conocían su valor. Se imaginaba sentir los viejos muñones de alas de gabilán con el deseo impotente de volar cuando les faltaba ya la fuerza.

Como una realidad terrible los cordones de seda azul ó roja le obligaban á seguir el paso por el palacio, alineado con los viajeros que Bedeker en mano buscaban las obras maestras, ó con los numerosos grupos, parados en torno de un guía, el cual con tono de charlatán de feria les hacía la explicación de los cuadros y las salas.

Se detuvo en la galería de los espejos; era el fausto del rey Sol el que llenaba todo Versalles. En vano se buscarían recuerdos de los esplendores de los otros soberanos: todos quedaban eclipsados por él.

Los cuadros de la escuela francesa cubrían todas las paredes con su aspecto frío, amanerado, blando, asuntos históricos y retratos en su mayoría. La grandeza de Napoleón, las batallas terribles, los terrores de la revolución y las escenas de cobardía del bonachón Luis XVIII.

Ni los esplendores del imperio ni de la restauración encontraban allí ambiente. Era la corte brillante de los Capetos la que se evocaba constantemente, en aquellas cámaras suntuosas, con friso de amores dorados, en donde las cortesanas atisbaban por el célebre "Ojo de buey" los detalles de la toilette de su señor.

Los ídolos de Versailles eran siempre Luis XIV y Luis XV, retratándose con su familia el uno, en trazas de Apolo, entre sus musas, y divinizando

el otro la belleza de la Pompadour en la estatua desnuda esculpida ante la puerta de aquel lindo teatro rojo, nido de galanteos, donde se habían desarrollado después hechos tan trascendentales en la historia francesa.

En vano se veían allí los retratos de las reinas, eran las favoritas las que reinaban, eran ellas las que habían animado aquel palacio que, como una Alhambra cristiana, hablaba de amores, y al apartarse del naturalismo árabe, añadía á su encanto algo de más picante, más acre y más voluptuoso.

Le embriagaba un ambiente femenino, perfume de cabelleras y axilas de mujer. Quería fijarse en los cuadros principales: en el terrible Lutero de Lucas Cranach ó en las elegancias de los Príncipes de Antonio Van Dyck, y sólo podía contemplar á las mujeres. Reinas y favoritas dominaban por igual en las pinturas: María Teresa por Nattier, en una sinfonía de sus maravillosos azules, María Antonieta por Vigee Lebrun, la triste María Leszinka, las Madamas de la familia real, y cerca de ellas, la Pompadour, la Du Barry, la Maintenon.

Todas le parecían á su Renée. Tenía las cejas frías y la raiz del cabello dominadora, como María Antonieta, la boca de cereza de la Du Barry, la severidad augusta de la Maintenon y las pupilas brillantes de la Pompadour. Vivían en ella todas aquellas mujeres que parecían mirarlo animadas por su recuerdo.

Entró en el departamento preferido por Luis XVI; en aquellas habitaciones tan íntimas, tan pequeñas de María Antonieta. La austriaca se justificaba allí de sus errores, se la veía empuñarse como reina y crecer como mujer. Aquel palacio tan grande debía darle frío alrededor del cuello como el presentimiento del patíbulo, y se ocultaba, se escondía, se formaba el nido en las estancias coquetas como un estuche donde ella podía calentar las paredes y sentir la intimidad de los objetos.

Alfredo sintió el peso de la fatalidad que cambia pueblos é ideas, y salió al campo, á la soberbia esplanada, ante los "bassines" de piedra, frente al tapiz de verdura, detrás del cual se extendía la magnífica cruz de agua del gran estanque.

Perfume de azahares llegaba de la izquierda, donde los parterres se extendían escalonándose hasta el naranjal, mantenido á peso de oro. Por todas partes sendas enarenadas llevaban á bosques encantados y misteriosas arboledas. Aquí y allá se alzaban templetos griegos de columnas jónicas, estatuas de mármol, salas de fiestas.

No se podía rehuir la evocación, se veía con tedio el ir y venir de las gentes vulgares, con sus trajes de moda, corriendo en pelotón de una á otra fuente para contemplar los juegos de agua que sólo duraban algunos minutos.

Era la impresión triste de los viajeros que no encuentran en los bosques griegos la alegre cacería de la diosa Diana, ni en el Coliseo de Roma la pompa de los emperadores. Se añoran hasta los crímenes y la tiranía cuando han sabido ser grandes y bellos.

Aquellos bosques contaban, en el susurro de los

lagos muertos y en el lento caer de las hojas marchitas, historias terribles y galantes intrigas. Allí la cortesana astuta que supo engañar al Cardenal de Rohan; allí la cita á hurtadillas que conseguía el rey de la dama cortejada. Los preladitos poetas, los nobles enamorados y pendencieros, los guerreros que sabían hacer madrigales; las aristócratas bellas y coquetas, esclavas de la toilette, gozando toda la voluptuosidad del amor en las celdas verdes, de perfume afrodisíaco, donde aún parecen oírse risas de fauno y melodías de flauta, para excitar los sentidos.

Se apoderaba de él una voluptuosidad enervante... deseo de amar... de llorar... de morir... hizo un esfuerzo para salir del bosque encantado. Estaba frente al pequeño Trianón. Allí la égloga tenía algo de tragedia. Era el esfuerzo de una mujer para escapar á su destino. En tiempos mezquinos no podía sostenerse el fausto versallesco. En el gran palacio vivían los Capetos con sus cortesanas y sus vicios, cubriendo sus llagas de púrpura y damasco. Era el palacio del Rey Sol, el que representaba toda esa época brillante de arte y esplendores, como Saint Germain representa la historia vieja, los severos tiempos de Blanca de Lorraine y de San Luis; Fontainebleau, las épocas turbulentas de Catalina de Médicis; y la Malmaison las tristezas del Imperio.

En el Trianón vive toda María Antonieta, cree vérsela en el "Templo del Amor", aquel lindo juguete pagano, que parece implorar la gracia en favor de una mujer artista. Reinas y favoritas se confundían en una sola figura: Renée. Habían de reunirse en el "Hameau". La pequeña ciudad rústica estaba sola, después de la magnificencia del palacio parecía una decoración de teatro, un nacimiento de Nochebuena. Allí iban la soberana y sus damas á sentir la vida sencilla al aire y al sol, lejos de las vanidades de la corte.

Se sentó en el banco rústico de la lechería, á su izquierda el presbiterio con la paz de las cosas santas; más allá, las casitas de retiro de las lindas pecadoras; el molino con su escalera de madera enlazada de musgos y de yedra, la torre de Malbouroug, poniendo el elemento romántico de la leyenda en la ciudad encantada; y la granja con su aspecto rudo, su balcón de ramas; todo cerrado, todo triste, todo envejecido. Esperando á la real campesina que lo animaba antaño con su risa. ¿Llegaría? ¿Estaba dentro de la casa cerrada?

Habíase construído á impulso de la sugestión de "Le Devín de Village", de Rousseau y parecía que iba á desvanecerse, á ocultarse en aquel lago tranquilo, de aguas limpias, cubierto de nenúfares rosa.

La influencia de Juan Jacobo sobre las almas de mujer, había sido siempre dulce y buena. Sus mujeres no eran las mujeres de Goethe, con su virtud hipócrita, nacidas de la filosofía que busca apoderarse de la idea por la palabra, llevando hacia un sensualismo ideal, ni las rígidas mujeres de la escuela inglesa, tan severas como Clara Harlowe y toda la serie de figuras impecables, frías, ultrarrigoristas que confundían la virtud con la aridez de un verdadero exceso de perfecciones y que sabían hacerse más respetables que amadas. Las mujeres de Rousseau supieron encarnar en las mu-

jeros reales con su pureza de costumbres y su vida vulgar y sencilla. Princesas y reinas sintieron con ellas la sugestión de la vida humilde. Tenía allí Alfredo la sensación de los anhelos de todas aquellas pobres almas femeninas, ahogadas en la atmósfera de los palacios, desecadas de un amor verdadero y fuerte en que cimentar la existencia lejos de la farsa, del engaño y de los deslumbramientos.

Pesaba sobre ellas esa condición de los humanos, que tiende hacia lo imposible. Todas aquellas mujeres fastuosas y brillantes envidiaron la paz sencilla de las aldeanas en un hogar feliz, mientras que tantas mujeres envidiaban á su vez el esplendor de su vida fácil y triunfal.

¿Acaso no era Renée, disgustándose de la paz de su casa de campo y de la fidelidad del amor de Amed, el ejemplo vivo de las contradicciones y turbulencias femeninas?

La filosofía de Juan Jacobo hacía sus prosélitos entre las princesas; las demás mujeres buscarían siempre la exaltación del medio á que les fuese difícil ascender.

Bien mirado había algo de hipocresía en aquella caricatura de aldea, cuya misma rusticidad está prevista en blandura, en la simetría estudiada de una decoración de opereta.

Aquel ambiente que le sedujo á la primera mirada empezaba ya á causarlo. Renée tardaba demasiado.

Cada mujer que se acercaba le parecía ella. Pasaron varias personas sin detenerse. Una pareja de enamorados subió hasta el molino, y escribieron su nombre en las paredes. ¿Sería allí el amor de mal agüero?

Experimentó un involuntario movimiento de miedo. Un destino incumplido de mujer parecía haber creado allí una fatalidad para los amantes, era imprudente querer llevar hasta aquellos lugares la insolencia de una felicidad.

Se fijó en cuantos le rodeaban. En todos los semblantes había una huella melancólica. Aquel ambiente debía evocar los dolores y las nostalgias dormidas. Se asumían involuntariamente los gérmenes de los amores terribles é ignorados de las princesas pastoras, que como artificiales figuritas de biscuit había contemplado tantas veces en los cuadros de Watteau. Ahora comprendía que aquellas figulinas tenían alma, y vagaba algo de sus deseos incomprensidos en el crepúsculo que empezaba á envolverlo.

Y, poco á poco, iba cayendo la tarde. Le invadía la tristeza del sol poniente. Le hacía falta allí Renée, apenas la besaría ya, pero se reclinaría en su hombro como un niño para contarle todo; todos sus pensamientos... todas sus impresiones; no habría visto y sentido bien todo aquello hasta que ella lo viera y lo sintiera á su lado.

Era como una complementación de sí mismo. No se había sentido jamás unido á ninguna mujer por una ternura tan dulce. Su sentimiento era algo muy superior á la pasión ansiosa de goees. Le había ido ganando, paso á paso, en tan diversos matices, que ya se mezclaba á su pasión ese inllozable afecto imperecedero de consanguinidad.

Sentía más ansias de niño por el regazo materno, que ansiedades de hombre. Se mezclaban en él, unidos de un modo extraño, desconocido has-

ta entonces, en un solo amor, el ansia de besos y la sed de reposo, de caricias puras, de sedación fraternal. Tal vez aquella visión del campo le llevaba hacia el misticismo, causado de la disipación y las locuras.

Quedaban pocos paseantes: dos jovencitas, paradas en el puente de troncos, echaban migas de pan á los peces, que venían saltando al sol, empujándose y formando remolinos de agua para arrebatárselos. ¡Animales dichosos que no podían agredirse en la pelea! Se distraía viendo sus graciosas formas ligeras, sus coletazos, sus lomos redondos con las raspas de las aletas erizadas. Algunos en su jadear dejaban ver la orla dentada y roja de las agallas, más brillantes entre las escamas pardas de los peces criados en el cieno.

Los arreboles vespertinos enlutaban su alma. ¿Ya no vendría! ¿Alguna desgracia? ¿Cómo no tuvo un momento para llegar hasta allí? Le mordían los celos rabiosamente, una duda cruel y terrible le hería con crudeza: ¿Se habría arrepentido de amarlo? ¿La seduciría el triunfo del esposo?

Era la hora de cerrar los jardines. Hubiera dado un tesoro, la vida entera, por poder pasar en ellos una noche de amor.

Se debía amar con otra intensidad en plena naturaleza. Las grandes pasiones no deben tener por marco el recinto de una habitación ni el aire malsano de una capital. En el campo se está más en contacto con la vida, con todo lo francamente ingenuo y pasional que hay en ella. Tal vez todos aquellos desequilibrados, vicios y abyecciones de que le hablaba Milzza en el almuerzo, eran sólo hijos de la perversión en las grandes poblaciones.

Lentamente abandonó su sitio, y cruzando las solitarias calles de árboles, que le hablaban de otros siglos, llegó á la plaza de la ciudad. Le acometió un temor absurdo al que se acogía para consolarse de su abandono. ¿Acaso no se habrían encontrado, extraviados en distintos caminos! Aunque fuese una imprudencia iría á Villemomble. Estaba decidido á todo.

Con aquel propósito subió al tranvía y se sentó en un ángulo, sin prestar atención á cuanto le rodeaba.

Iban entrando los viajeros, con ese ademán hostil de los que se disputan el sitio, y bien pronto el vehículo emprendió la marcha.

Casi todas las conversaciones tenían por tema la aviación, se comentaban los sucesos pasados y el éxito probable de los campeones que tomaban parte en el "raid" de actualidad, de mil modos diversos, pero siempre en tonos encomiásticos para los aviadores.

No pudo reprimir un movimiento de cólera. ¡Humanidad estúpida, siempre pronta á dejarse deslumbrar por todo lo que brilla! La idea de lo imposible que le había inquietado momentos antes.

Verdaderamente que los hombres son tan mezquinos que se ven en la necesidad de inventarse continuamente santos ó héroes para sustituir á los dioses, quizás más inofensivos y dotados de mayor grandeza.

Estos ídolos modernos, divinizados, eran bien ridículos. El aviador había perdido para él en la so-

ledad la grandeza que le sugestionara antes entre la multitud. No era más que un cochero investido de una pompa en que entra más la sorpresa súbita que la explicación creada con la reflexión cuotidianamente. Lo poetizaba el vulgo por un raro poder de sugestión porque les veía de lejos, y por un efecto contrario á la óptica, la imaginación ve más grande todo lo que está más lejano.

Sintió casi un consuelo de que Renée fuese esposa de uno de aquellos hombres. Ella le vería en su desnudez y no se dejaría influir por el ambiente de falsa gloria. Sin duda todas las mujeres, Milzza misma, serán más infieles á sus amantes con los aviadores desconocidos, que podía serlo la propia esposa.

Entretanto, el tranvía seguía su senda entre la calle de jardines y hoteles que van de París á Versailles. Un paisaje maravilloso, de admirables lejanías, iluminado por la luminosidad de los ríos, que no lograba atraer su atención.

Al detenerse en Sevres un grito llegó á sus oídos:

—“Los periódicos de París. Un aviador muerto y otro herido”.

Se puso de pie, pálido, descompuesto, como si hubiese cometido un crimen, y compró el periódico. Le arrugaba entre sus manos con el ansia de leerlo, y las letras se confundían ante sus ojos.

Recorrió las columnas. Era Hangen el que se había estrellado contra el suelo desde una altura de mil metros, destrozado el aparato por la tempestad de agua y viento que se había desatado. Mallen y Aral llegaron casi á un mismo tiempo, el primero aterido de frío, desvanecido; había sido preciso hacerle entrar en reacción con friegas de alcohol y tónicos.

Sotel llegó con el aparato en mal estado, de un modo milagroso. Buchelier tuvo que aterrizar en Amiens, se ignoraba el paradero de Marteo y de Gomer; se había visto el monoplano de Sivet con rumbo contrario al que debía llevar, combatido por el viento. Amed...

Se le nubló la vista. Al fin, después de un vio-

lento esfuerzo leyó. Amed, rota la hélice, había caído sobre un campo de trigo, cerca de Lille... el aparato se había destrozado... el aviador, por raro favor de la suerte, sufría sólo la fractura de un brazo. No podía continuar el “raid”. Volvería á París, cerca de su familia, á la que se había apresurado á tranquilizar por telégrafo.

Aquella noticia le daba la clave de todo. Eneudio de su despecho sentía alegría de que viviera aquel hombre, como si su muerte hubiera de separarle de Renée.

En cuanto llegó á París corrió á su casa, si no tenía carta iría á la “Gare d’Est” para tomar el tren de Rancy Villemomble. No podía estar sin una palabra suya.

Encontró un “petit bleu” en su “bóite de Lettres”. ¡Su letra! Rompió febril el borde.

“Amor mío: Me has esperado en vano, pero mi espíritu y mi deseo han estado contigo.

Calcula mi desesperación... ¡Ni llegó, ni se ha matado!

T’embrasse

Renée”.

Se sintió poseído de una súbita tranquilidad. Su amor propio estaba satisfecho. En verdad que el ambiente de Versailles y Vincennes lo habían puesto demasiado trascendental. No había que elevarse tanto y apartarse de lo real. Era una suerte para él que pasaran así las cosas. Todo volvía á recobrar la vulgaridad acostumbrada con el fracaso de aquel hombre que caía en tierra. La humanidad debe estar siempre en tierra. Guardó la carta en el bolsillo del chaleco y murmuró con filosofía francesa:

—Me iré á cenar con Milzza. ¡La pobre Renée! ¡Verdaderamente es desagradable lo que le sucede! ¡Ni llegó, ni se ha matado!”

París, Agosto, 1911.

FIN

Carmen de Burgos
“Colombine”

ANTONIO MONTERO.--COLÓN, 15, MADRID



Es la casa que vende con un 25 por 100 más barato que el resto del comercio.

Inmenso surtido en alhajas, mantones de Manila, calzado, ropa de todas clases, objetos de capricho, etcétera, etc.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

"LA COQUETTE"

Peluquería de señoras.

12, CALLE DEL DESENGAÑO, 12.

CASA HAZEN

Fuencarral, 55

y San Bernardo, 1.



TELEFONO 1.424

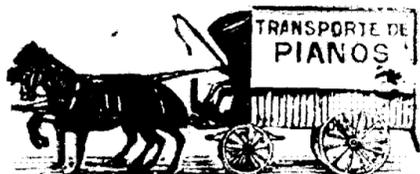
PIANOS
de las mejores
marcas.

Rechstein,
Pleyel,
Gaveau,
Bord, &

Ventas al contado y plazos.

DESDE 25 PESETAS AL MES

PELID
CATALOGOS
Y
CONDICIONES



Postizos última novedad. Casa especial en tintes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan señoras y se dan lecciones.

IMPOTENCIA de AMBOS SEXOS

Radicalmente curada a toda edad por las
PILDORAS OURANIA
Nave descubrimiento. Inmenso éxito. Tratamiento energético y sin peligro.
Curación garantida con un solo frasco.
Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. Laboratoire NORDERN,
31, Passage du Havre, Paris. — Frasco con instrucciones por
correo, ptas 12. — Depósito en Madrid: Farmacia GAYOSO Arenal 2,
en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA 4, Pasaje del Crédito

EL BUEN GUSTO

CAMISERIA Y ROPA BLANCA

Preciosos modelos en blusas de seda y batista.

PRECIO FIJO

PRECIADOS 24, FRENTE A CAPELLANES

Secretos Maravillosos

Medios positivos para lograr éxito en la vida y conseguir cuanto se desee. Si quiere usted ser dichoso y feliz, vivir con alegría y felicidad, tener salud y suerte: Pida hoy mismo mi libro, que mando gratis, de "Secretos Maravillosos—Ciencias Ocultas" y dejará de vivir con cavilaciones tormentosas y pesadumbre. Pídalo y se convencerá.

Escriba a J. CATALA, Casier n.º 2, París (Francia), é incluya sello de 25 céntimos para la contestación. Franquéese la carta con 25 céntimos.

LAS MAQUINAS DE ESCRIBIR



HAMMOND

son las más sólidas, de más resistencia y
más perfeccionadas de cuantas existen

Escriben completamente a la vista. - Tipo de cap. sobres. - Cambio instantáneo de carácter de letra a gótica. - Las únicas con letra de relieve. - Las únicas que no pueden desalinearse. - Las únicas de impresión automática.

Ventas al contado y á plazos.

Agente exclusivo Ramiro García Suárez

Edificio CARRERA SAN JERÓNIMO, 10. Teléfono: FERNANDO, 40